

**desde la  
poesía •**



## Prodigio de la fotografía

Marta Acevedo

Año luz es la distancia que la luz recorre en doce meses.  
Diez millones de millones de kilómetros.  
Al tercer sótano tardo en llegar sólo unos minutos,  
ahí aguardan las placas, mínima entraña de la galaxia seca,  
imagen de una luz emitida hace muchos años.

Contemplo a mis hijos dormidos —ilusorio contacto con su diario fluir.  
Abrir el refrigerador, preparar el desayuno. Manos sobre  
la dulce realidad de la crianza, atar agujetas  
y deberles un suéter a los dos niños.

Luz de las estrellas resorbida por los átomos de gas  
de la nebulosa, engañoso cálculo de la masa.  
¿Somos esas innumerables partículas constantes que la luz  
revela, o las que inferimos a partir del movimiento?

Debo dejarlas, consolables masas creciendo a diario,  
cercanía milagrosa de la carne propia, para blinquear  
imágenes anochecidas en el vacío de Monte Palomar.

Vastas nubes convertidas en estrellas, cuerpos sin memoria:  
cien mil millones de estrellas.

Yo, tremendo azar, lo bastante alejada del centro  
para ser lo que soy y observarlas desde aquí,  
en cada milímetro de su potenciada realidad.

El desempeño de la carne, la hora minuciosa de la costumbre  
que a veces fatiga, el olor exacto del rosbif,  
la ropa poseída por el viento en el tendedero:  
elementos del amor que no se pone en duda.

Alternadamente miro una y otra placa. La misma declinación,  
la misma ascendente, uno diría los mismos amasijos de  
estrellas a mil quinientos años luz. Negros diferentes  
pero iguales manchas en las dos placas.

Pasan desapercibidas aquellas que suavemente comparten  
el material que expulsan, las nebulosas planetarias.

Pero están las de violenta savia, inestables y explosivas,  
las supernovas.

Recojo los platos de la mesa, doblo el aburrimiento y  
plancho pañales. Me lavo el pelo para ofrecer  
el silencioso acuerdo del contrato marital. Despertaré  
con un nuevo horror que se irá extinguiendo con la mañana.

No, no es una falla en la emulsión, ni la repetida basurita  
que siempre confunde. Comparo las placas veinte veces,  
luz de lenta fractura, negror más intenso en una que en otra.  
Una mancha diferente, Zwicky lo constata, viejo mercurial,  
sensible y excesivo, que la dejó escapar en la tensión de  
la noche: una supernova.

Pupila que reconoce y sonrío: S.N. 193. Manchita gris atrapada  
en la placa, suspendida, brillante como diez mil soles,  
hurto y prodigio de la fotografía, inasible realidad que  
se inscribe en un catálogo.

Tu cabeza masca sola esa lejanía recién bautizada, inimaginable.  
Cerca, los caminitos del enternecimiento, del ver crecer. ¿Quién me  
acompaña más de cerca? Vocación frágil y discontinua  
la del amor, escala de desaparegos en un nanosegundo-luz.